

La poesía posterior a la Guerra Civil

La situación de la España de posguerra se caracterizó en lo político por la presencia de la dictadura militar del general Franco cuya ideología fundamental era el nacionalcatolicismo. Fue la época de la intolerancia frente a los críticos del régimen. En lo social se hizo evidente la presencia de dos bandos irreconciliables, el exilio de intelectuales y científicos y un clima de represión y censura. En lo económico, el régimen autárquico provocó penuria, escasez y racionamiento. Esta situación fue relajándose a lo largo de la década de los años 60, pues la presión internacional era tan fuerte que tanto la censura como la represión disminuyeron. Asimismo, terminó la autarquía porque comenzó un plan de desarrollo con una rápida industrialización y un fomento de la economía liberal que supuso el intercambio comercial con otros países.

Al final de la dictadura franquista se produjeron dos hechos de trascendencia política: en primer lugar, el asesinato del almirante Carrero Blanco en 1973 por ETA y la muerte, dos años después, del general Franco que supuso el comienzo de la transición política hacia una monarquía constitucional. Este paso se inició con la legalización de los partidos políticos (PSOE, PCE, todos los nacionalistas, etc.), la celebración en 1977 de las primeras elecciones democráticas y la aprobación de la Constitución de 1978.

Respecto a la poesía, es esta un género que brilla con luz propia en las dos primeras décadas de posguerra, en medio de una España en ruinas y de un panorama cultural no muy alentador.

Al terminar la guerra, hubo escritores que permanecieron en España y otros que se marcharon al exilio, como es el caso de poetas de la Generación del 14 y del 27. Aunque se trata de una poesía de mentalidad tradicionalista en cuanto a técnicas y estilo, estos poetas supieron adaptarse a las nuevas corrientes.

Así, Juan José Domenchina, autor de *Destierro*, pasó de la poesía pura a una lírica dolorida y humanística; José Moreno Villa se sirvió del Posmodernismo, el Intelectualismo, la vanguardia y el humor, mientras que León Felipe plasmaría el dolor por la guerra y el exilio en *Versos y oraciones de caminante*, *El payaso de las bofetadas*, *Español del éxodo* y *del llanto* y *El poeta prometeico*.

Por su parte, también algunos miembros de la Generación del 27 (salvo Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Vicente Aleixandre) tuvieron que marchar al exilio. Por ello, su poesía se hace eco del trauma de la guerra y la nostalgia de España (a excepción de Luis Cernuda). Sólo sobrevivieron a la dictadura y regresaron Rafael Alberti y Jorge Guillén.

Paralelamente, encontramos un grupo de nuevos poetas que iniciaron su producción en esta época. De ellos, destacan Gil Albert, Quiroga Pla, Rejano, Serrano Plaja y Herrera Petere, cuyas obras, sin rasgos definidos, giran en torno a la patria perdida y a la realidad americana.

Sin embargo, de entre todos los poetas de este periodo de posguerra, destaca Miguel Hernández, figura de transición entre la Generación del 27 y la llamada "Generación del 36". No obstante, algunos críticos lo consideran un miembro tardío de la Generación del 27 puesto que conoció y se relacionó con muchos miembros de la misma. Nacido en Orihuela en el seno de una familia pobre, fue un hombre de formación autodidacta que se dedicó a la poesía animado por su amigo Ramón Sijé. En su viaje a Madrid conoció a Pablo Neruda y participó como voluntario en el ejército constitucional de la República. Murió tuberculoso en la cárcel de Alicante, a los 32 años.

La majestuosidad de su creación poética radica en su capacidad para conjugar lo popular y lo culto. Además, se trata de una poesía que brota del corazón, consiguiendo equilibrar emoción y contención. Distinguimos tres etapas en su creación:

- Inicio: Viene marcada por su obra *Perito en lunas*, 42 octavas reales en las que objetos humildes y usuales son sometidos a una elaboración metafórica hermética y deslumbrante.
- Plenitud: De esta etapa es *El rayo que no cesa*, obra en la que cristalizan los temas de la vida, el amor y la muerte. Tiene algunas que otras connotaciones barrocas y rasgos surrealistas. Sin duda, sobresale la "Elegía a Ramón Sigé".
- Guerra y cárcel: Pertenecientes a esta otra, destacan las obras *Viento del pueblo* (poemas de preocupación social, como "Aceituneros", "El sudor" o "El niño yuntero"), *El hombre acecha* (el dolor por la tragedia de la guerra está muy presente) y *Cancionero y romancero de ausencias* (predominan las formas populares y la temática del amor a su esposa y a su hijo; cabe citar el poema "Nanas de la cebolla").

A continuación, dividimos este periodo de posguerra en tres etapas conforme a las décadas que se suceden para estudiar con más detenimiento a aquellos escritores que permanecieron en España:

En primer lugar, la poesía de los años 40 sigue dos tendencias fundamentales: poesía arraigada y desarraigada. Así, la primera se caracteriza por los afectos al régimen o la indiferencia ante la realidad política, mientras que la segunda es la "no aceptada por el sistema", para cuyos autores el mundo es caótico y angustioso, falto de serenidad.

De forma más explícita: la poesía arraigada estaría compuesta por poetas de ideología falangista que defienden una estética formalista y clasicista que, inspirada en Garcilaso y los poetas del Renacimiento, da lugar a una poesía conformista apegada a temas tradicionales. Son los llamados poetas garcilasistas, y entre ellos destacan Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, José García Nieto, Rafael Morales, etc.

A su vez, la poesía de posguerra sufriría un giro importante con la publicación de *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso y la aparición de la revista España, iniciándose así una poesía desarraigada; es decir, desazonada, llena de desesperanzas y dudas, con un estilo bronco, directo y sencillo. Cultivadores de esta nueva poesía son Eugenio García de Nora (*Cantos del destino*) y Victoriano Crémer (*La espada y la pared*). Otros

poetas con preocupaciones existenciales son Ángela Figuera, Ramón de Garcilasol, José Luis Hidalgo o Blas de Otero.

Sin embargo, existen algunos grupos poéticos al margen de las grandes corrientes de la poesía ya señaladas, preocupados por crear un lenguaje poético puro, válido por sí mismo, lejanos de los compromisos de uno u otro signo. De entre estos, destaca la voz personal de José Hierro y José María Valverde.

En esta línea, también son importantes Carlos Edmundo de Ory, defensor de la libertad creativa (postismo), Cirlot, Crespo, Labordeta, o Carriedo, sin olvidar tampoco las voces femeninas de Gloria Fuertes y Carmen Conde.

Por otra parte, surge el Grupo Cántico de Córdoba bajo el deseo continuar con la estética sensual andaluza, no ajena a la Generación del 27 y de carácter intimista y de gran rigor estético. Entre sus integrantes destacan Pablo García Baena y Ricardo Molina.

Ya en los años 50 empieza a escribirse una poesía de temática social, pues el poeta se percata de sus responsabilidades sociales y se solidariza con los que sufren. Así, se trata de una poesía de lenguaje sencillo y directo, a veces con un tono desarreglado y prosaico, en la que interesa más el “mensaje” social que las preocupaciones formales; la temática gira en torno al tema de España desde un punto de vista obsesivo y politizado, aunque también trata temas sociopolíticos, como la injusticia social o el anhelo de libertad y de un mundo mejor. Aunque el precursor de la poesía social de esta época es el poeta Vicente Aleixandre con *Historia del corazón*, también son significativos Blas de Otero (*Pido la paz y la palabra*) y Gabriel Celaya (*Cantos Iberos*). A estos se unen los poetas desarraigados y otros como Hierro, Nora o Cremer.

No obstante, al comienzo de la década de los 60, la poesía social entra en crisis, pues seguía tratándose de un género minoritario. Por su parte, esto abriría el camino a cantautores que triunfarían años después, como son Aute o Krahe.

En la década de los 60, surgen poetas de grandísima calidad que volverían a interesarse por sus problemas existenciales. Con ellos, lo cotidiano empieza a cobrar mucha importancia y adquiere un valor casi universal. Expertos en el buen uso de la ironía, estos poetas consideran la poesía como una experiencia personal que poetiza la realidad para expresar subjetivamente sus propias vivencias en ella, lo que da lugar a un abanico mayor de temas. Su estilo, muy elaborado pero sin limitar ni al patetismo de la poesía desarraigada ni al prosaísmo de la poesía social, posee un tono cálido y cordial, haciéndose uso del humor para criticar la situación política. Sin embargo, la abundancia de elementos culturalistas limita al receptor a una minoría culta. Entre los poetas pertenecientes a esta década figuran José Ángel Valente, Félix Grande, Caballero Bonald y José Agustín Goytisolo, entre otros, aunque sin duda, los más importantes son Ángel González (obras *Sin esperanza, con convencimiento* y *Áspero mundo*) y Jaime Gil de Biedma (*Las personas del verbo*).